

## HACIA UNA “ERA DE INCERTIDUMBRE”, EN TORNO A *ESTADO Y GLOBALIZACIÓN*, DE MARCOS KAPLAN

Rodolfo VÁZQUEZ

Conocí a Marcos Kaplan a fines de los ochenta gracias a un colega universitario, Patricio Marcos. Poco tiempo después compartimos proyectos con un profesor joven y desbordante en ideas, entonces secretario académico del INACIPE, Samuel González Ruiz. Al tiempo, un común amigo y maestro ejemplar, Ernesto Garzón Valdés, contribuyó a estrechar una relación de amistad y profundas complicidades que persisten hasta la fecha. A este respecto permítanme un paréntesis petulantemente argentino. Leyendo hace unos días el *Evaristo Carriego* de Borges y destacando éste las cualidades del gaucho y del compadre, continúa con las siguientes líneas: “el argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel «El Estado es la realidad de la idea moral» le parecen bromas siniestras”.<sup>1</sup> Me unen, por ejemplo, este tipo de complicidades con Marcos aunque creo que él estaría de acuerdo conmigo que en Argentina un poco de Estado y algún político medianamente decente y racional no vendrían nada mal en estos momentos. Y la exigencia de racionalidad no es ociosa cuando leemos, por ejemplo, que el hermano y principal consejero de uno de los posibles candidatos a la presidencia de Argentina, “sostiene contacto telepático con extraterrestres del planeta Xilium, distante 200 años luz de la Tierra, quienes le sugieren medidas políticas como «suspender todas las leyes» en el país”.<sup>2</sup>

En el periodo académico 1990-1991, Marcos nos acompañó como profesor visitante en el ITAM para colaborar junto con Rafael Fernández

<sup>1</sup> Borges, Jorge Luis, *Obras completas*, Barcelona, Emecé, t. 1, p. 162.

<sup>2</sup> *Reforma*, 4 de marzo de 2003.

de Castro en el diseño y puesta en marcha del Departamento de Estudios Internacionales. Lanzamos por aquellos años, y con gran éxito, cuatro programas de diplomados: Cuenca del Pacífico, estudios sobre Europa, América Latina y relaciones México-Estados Unidos, y organizamos, no sin esfuerzos, la licenciatura en relaciones internacionales. Por ese tiempo también el entonces rector del ITAM, Javier Beristáin, nos pidió impulsar unos seminarios con los profesores de planta de la propia institución, que resultaron toda una revelación académica gracias a la eficaz coordinación de Marcos. Llevaron por título: “Europa y Cuenca del Pacífico” y “México, el desarrollo continental y el nuevo orden mundial”.

A lo largo de más o menos 15 años, con encuentros alternados en ocasiones con prolongadas ausencias, he tenido la oportunidad de leer parte de la vasta obra de Marcos, charlar y recibir los consejos de un hombre sensato, disfrutar sus clases, compartir algunas mesas de discusión y debate y admirar siempre el comentario justo, inteligente y respetuoso de un intelectual —jurista, politólogo e historiador— íntegro. En verdad Marcos y Martha, me siento muy honrado y les estoy agradecido por esta invitación.

En algún sentido el libro *Estado y globalización* resulta un compendio de la extensa obra de Kaplan. Como toda obra de este estilo (pienso por ejemplo en una de los últimos libros de Eric Hobsbawn, *Historia del siglo XX*<sup>3</sup>) requiere por parte del autor un enorme esfuerzo de síntesis y mucha claridad en la exposición de las ideas y en la estructura del contenido. Por supuesto éstas serían ya virtudes suficientes para justificar su publicación, pero en Kaplan es la ocasión también de poner tales atributos al servicio de un propósito que, por lo que hace a este libro y tratando de ser lo más preciso posible, creo que no es otro que lo que llamaría “la desmitificación del proceso de globalización”. Y esta desmitificación se estructura a partir de la crítica a tres tesis recurrentes sostenidas por sus grandes apologetas:

- La primera es considerar el proceso de globalización como un fenómeno completamente novedoso.
- La segunda es presentar a la sociedad mundial, integrada por mercados dinámicos y eficientes, con una identidad global fundada en el libre mercado.

<sup>3</sup> Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995.

- La tercera, en parte como consecuencia de la anterior, es comprender la necesaria y en cierto sentido deseada superación o extinción del Estado-nacional.

Que la globalización no es un fenómeno novedoso, y que mucho ganaríamos para su comprensión rastreando sus orígenes históricos, es algo que debemos agradecer a este libro de Kaplan. “Imperialismo”, “internacionalismo”, “transnacionalismo” o “mundialización” son términos que genéricamente se pueden agrupar bajo el de globalización siempre que no perdamos de vista su genealogía y carguemos al término de una connotación indebidamente positiva, irreversible y omnicomprensiva. La globalización no es tan global (basta echar un vistazo a la multiplicidad y diversidad de grupos étnicos en el mundo que se encuentran en la periferia) ni tampoco es un proceso sin retorno (el propio proceso de globalización ha generado el reforzamiento de las comunidades culturales dentro y fuera de los Estado-nación). Sin dejar de reconocer el crecimiento de los mercados financieros y los grandes cambios tecnológicos y su influencia en la sociedad, lo cierto es que el escenario no es radicalmente nuevo si lo comparamos, por ejemplo, con el panorama de la mundialización que con gran lucidez presentaron Marx y Engels, a mediados del XIX, en el *Manifiesto*:

La gran industria creó el mercado mundial... que... imprimió un gigantesco impulso al comercio... Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y el consumo de todos los países un sello cosmopolita. [Por lo tanto...] ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de afuera; ahora la red del comercio es mundial y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu... La burguesía... crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

Kaplan prefiere acompañarse de una cita bella y anticipatoria de Paul Valéry, escrita en 1931:

En nuestros días, toda la tierra habitable ha sido reconocida, levantada, repartida, entre naciones. La era de los terrenos vagos, de los territorios libres, de los lugares que no pertenecen a nadie, por lo tanto la era de la expansión, está cerrada. El tiempo del mundo finito comienza... Una solidaridad com-

pletamente nueva, excesiva e instantánea, entre las regiones y los acontecimientos es la consecuencia ya sensible de este gran hecho... Los hábitos, las ambiciones, los afectos contraídos en el curso de la historia anterior no cesan de existir, pero al ser insensiblemente transportados a un medio de estructura muy diferente, pierden su sentido y se vuelven causas de esfuerzos infructuosos y de errores.<sup>4</sup>

Con respecto a la segunda tesis, el dinamismo de los mercados y su eficiencia muy lejos de propiciar la competencia y la diversificación han tenido un efecto concentrador del capital. El problema reside en seguir considerando a la institución del mercado como algo bueno *per se*, algo que por su propio dinamismo en la medida en que se minimicen los factores de distorsión producirá las bondades requeridas por cualquier sociedad medianamente civilizada. Éste es el optimismo del economista neoliberal, que se encuentra a medio camino entre la ingenuidad y la franca insensatez. Con abundantes datos empíricos Walter Eucken<sup>5</sup> llega a las siguientes conclusiones: 1) tanto los productores como los consumidores procuran, siempre que ello sea posible, evitar la competencia y adquirir o afianzar posiciones monopólicas; 2) esta tendencia a la creación de monopolios anula el esfuerzo individual para lograr un mayor rendimiento; por lo que 3) la libertad incontrolada del mercado, paradójicamente, tiende a destruir la libertad individual. Contra Milton Friedman, el diagnóstico de Eucken concluye que el mercado lejos de tender a la dispersión del poder tiende más bien a su concentración.

¿Cómo se puede hablar de un mercado libre de comunicaciones [se pregunta Pisarello] cuando la información se concentra progresivamente en grandes *holdings* empresariales, erosionando así las prácticas democráticas en casi todas las naciones?, ¿cómo se puede predicar la libertad de consumo, cuando la comercialización de los principales recursos del planeta tiene lugar en condiciones de oligopolio, fundadas en una destructiva racionalidad a corto plazo...?<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Valéry, Paul, “Prólogo”, *Regards sur le monde actuel*, citado en Kaplan, Marcos, *Estado y globalización*, México, UNAM, 2000, p. 159.

<sup>5</sup> Eucken, Walter, *Grundsätze der Wirtschaftspolitik*, en Garzón Valdés, Ernesto, *Instituciones suicidas*, México, Paidós-UNAM, 2000, pp. 63 y ss.

<sup>6</sup> Pisarello, Gerardo, “Globalización, constitucionalismo y derechos: las vías del cosmopolitismo jurídico”, en Carbonell, Miguel y Vázquez, Rodolfo (comps.), *Estado constitucional y globalización*, México, Porrúa-UNAM, 2001, p. 243.

Finalmente, por lo que hace a la tercera tesis, no sólo el Estado no se ha extinguido sino que en algún sentido se ha reforzado. Si bien los conceptos de soberanía y ciudadanía se hallan en crisis lo cierto es que un Estado al servicio de una Constitución fuertemente anclada en el reconocimiento de los derechos fundamentales, especialmente los económicos, sociales y culturales resulta, hoy más que nunca, necesario. En este contexto se ubica el pensamiento de Kaplan uniéndose así a una línea de reflexión contemporánea muy prometedora en autores como Gerardo Pisarello, Christian Courtis, Víctor Abramovich, Juan A. Cruz Parceró y Miguel Carbonell. La visión del Estado liberal clásico y del Estado corporativista y burocrático deben ceder no a su extinción sino a su transformación en un Estado social y democrático, que dé cuenta de un nuevo contrato en el marco un constitucionalismo global:<sup>7</sup> para la satisfacción de las necesidades básicas, para la paz, la tolerancia y el diálogo entre culturas, para un desarrollo sostenible y, ciertamente, para un nuevo régimen político internacional.<sup>8</sup>

Las tesis apologéticas de la globalización han mostrado ser erróneas, e insistir en situarse bajo ese paradigma resulta ya un tanto anacrónico pero sobre todo decididamente perverso en sociedades tan profundamente desigualitarias y tan terriblemente empobrecidas como las de nuestra América Latina. Cito a Kaplan:

Lo que hoy se suele ubicar bajo la rúbrica de “globalización” no ha cumplido sus pretensiones y promesas, en cuanto a un desarrollo más o menos integrado-integrador, general e igualitario de las economías, las sociedades, las culturas, las regiones, las naciones y Estados del planeta. No existe ni parece en el momento presente que llegue a existir un destino compartido entre unas y otros, y sí un agravamiento de las desigualdades, desequilibrios y conflictos.<sup>9</sup>

<sup>7</sup> Véase Ferrajoli, Luigi, “Más allá de la soberanía y la ciudadanía: un constitucionalismo global”, en Carbonell, Miguel y Vázquez, Rodolfo (comps.), *op. cit.*, nota 6, pp. 313-324.

<sup>8</sup> Véase Pisarello, Gerardo, *op. cit.*, nota 6, Courtis, Christian y Abramovich, Víctor, *Los derechos sociales como derechos exigibles*, Madrid, Trotta, 2002; Cruz Parceró, Juan A., “Los derechos sociales como técnica de protección jurídica”, en Carbonell, Miguel; Cruz Parceró, Juan A. y Vázquez, Rodolfo (comps.), *Derechos sociales y derechos de las minorías*, México, Porrúa-UNAM, 2001; Carbonell, Miguel, *La Constitución en serio. Multiculturalismo, igualdad y derechos sociales*, México, Porrúa-UNAM, 2001.

<sup>9</sup> Kaplan, Marcos, *op. cit.*, nota 4, p. 15.

Por lo que hace a América Latina la voz de Kaplan es sin duda un referente obligado para cualquier estudioso de la región, que se une a la de otros dos ilustres intelectuales: el ya citado Ernesto Garzón Valdés y Guillermo O'Donnell. A los tres los identifica la crítica lúcida y un realismo desencantado sobre nuestros países. América Latina siempre ha quedado rezagada con relación a las tres revoluciones científico-tecnológicas: se educa en el dogmatismo de la contrarreforma sin haber conocido la reforma; importa una concepción liberal e ilustrada del Estado sin una burguesía que la instrumente y compra el discurso de la globalización ignorando las profundas desigualdades ancestrales de nuestros pueblos. El “cesarismo”, en los términos de Kaplan y la anomia generalizada parecen ser las características distintivas de nuestra mentalidad colectiva latinoamericana:

Las normas, [afirma Kaplan] son percibidas como inválidas o ineficaces, lo legal como ilegítimo, lo ilegal como razonable y necesario. La política del sacrificio, del esfuerzo, del trabajo, cede el lugar a la ética fundada en la especulación, la esperanza de ganancia rápida, la reposición del capital en poco tiempo, el consumismo ficticio respecto al estado real de la economía nacional. La delincuencia es así generada, no sólo por las estructuras económicas y sociales, sino por ciertos rasgos de mentalidad colectiva y de la cultura predominante, que son creados y desarrollados históricamente, y en la interdependencia con aquéllas.<sup>10</sup>

Ciertos signos actuales: el antecedente del fujimorismo, el chavismo en Venezuela, los conflictos en la región andina (Bolivia, Ecuador, Colombia), el fantasma de Menem “exigen no descartar las posibilidades de un retorno del cesarismo en América Latina”.<sup>11</sup> Un panorama que, ciertamente, no invita al optimismo.

Pero decía que la ilusión de la globalización que se desarrolla en los ochenta y que en los noventa se acompañó también con la esperanza de un sistema internacional más justo (el caso Pinochet, los Tribunales Internacionales para Rwanda o la ex Yugoslavia, el Estatuto de Roma sobre el establecimiento de la Corte Penal Internacional, etcétera) y la entrada a una era de concordia y pacificación, se cimbraron desde sus raíces a partir de los sucesos del 11 de septiembre de 2001. El optimismo de la globalización y la paz mundial cedieron a lo que Marcos Kaplan ha

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 364.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 375.

llamado con una feliz expresión la “era de la incertidumbre” o en términos de Joseph Stiglitz “el malestar en la globalización”.

Por supuesto Kaplan está lejos del “optimismo compulsivo” de Fukuyama: no asistimos al “fin de la historia” sino a la “historia de un fin”, es decir, “el del orden emergente de la Segunda Guerra Mundial y las primeras décadas de la posguerra, sin que por ahora se perfila una firme alternativa en gestación y avance”.<sup>12</sup> Se distancia también de las versiones que parten de antagonismos dualistas a la manera de Huntington. Más bien, Kaplan se sitúa, como decía, en el reconocimiento de la incertidumbre y en aquello que desde mi punto de vista lo ubica en la mejor tradición ilustrada: la apuesta por una racionalidad crítica y realista.

A partir del 11 de septiembre comienzan a sonar las campanas del “pesimismo apocalíptico” o de un “nihilismo posmoderno” de corte nietszcheano a la manera de Glucksman.<sup>13</sup> Quisiera en los minutos que me quedan subirme al tren del racionalismo crítico y realista que propone Kaplan, y dando continuidad a sus reflexiones intentar responder a la siguiente pregunta: ¿qué ha sido lo relevante de los hechos del 11 de septiembre para permitir decir a algunos estudiosos que se ha operado un cambio sustancial en el sistema internacional y que ha contribuido a marcar el fin de la ilusión globalizante que, por desgracia, nos tiene al borde de una guerra terrible, mediáticamente preparada, anunciada e inevitable?<sup>14</sup>

- Obviamente lo relevante no puede haber sido el mero hecho de que fueran actos terroristas. Lamentablemente, los actos terroristas no son nada nuevo. Antes y después del 11 de septiembre este tipo de actos se cometen en alguna parte del mundo con una frecuencia que pone al descubierto la impotencia de los gobiernos y su gran fragilidad. Sin embargo, es cierto que en ningún otro caso se les ha atribuido una consecuencia tan dramática para la conformación del sistema internacional.
- Tampoco es nada nuevo que terroristas crucen fronteras para cometer sus actos. Desde siempre, del terrorismo han existido versiones “domésticas” tanto como “internacionales”.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 394.

<sup>13</sup> Glucksman, André, *Dostoievski en Manhattan*, Madrid, Taurus, 2002.

<sup>14</sup> Para la respuesta a esta pregunta sigo de cerca las reflexiones de la politóloga alemana Ruth Zimmerling, “El poder (frente al) suicida. ¿Malos tiempos para la justicia internacional?”, ponencia presentada en el Tercer Congreso Internacional de Derecho, organizado por la Escuela Libre de Derecho de Puebla, 5 de mayo de 2002. Inédito.

- Por otra parte, ni siquiera el terrorismo suicida era desconocido para el mundo antes del 11 de septiembre, como resulta del ejemplo dramáticamente cotidiano en Israel.
- Tampoco es cierto que el destinatario principal de estos actos criminales sea nuevo: la historia reciente de actos terroristas cometidos contra personas y bienes de Estados Unidos es tristemente conocida.

Puesto que los rasgos generales de estos actos no muestran nada nuevo, debemos centrar nuestra atención en la calidad particular de los actos concretos y en la interpretación de su significado. ¿Se puede decir que los terroristas suicidas han sido exitosos? Sin duda lo han sido desde diferentes puntos de vista:

- a) En cuanto a los efectos directos, indudablemente intencionados, han provocado un enorme daño material (económico), sobre todo a Estados Unidos, pero también un aumento considerable de costos en muchos países, por ejemplo, para medidas de seguridad. El daño personal causado por lo atentados, aunque suene cínico, debe considerarse entre los efectos indirectos de los atentados.
- b) En relación a estos últimos —los efectos indirectos— el éxito ha sido claro por lo que hace: 1) a los efectos psíquicos en sus propios grupos de apoyo y de reclutamiento y, más generalmente, en los grupos sociales en cuyo nombre pretenden actuar y de los que supuestamente derivan su legitimación (orgullo, aumento de autoestima, etcétera); 2) a los efectos psíquicos en las sociedades afectadas (el impacto de los *media* al momento de la realización de los hechos y el terror, inseguridad e histeria generalizados perfectamente monitoreado no tuvieron precedente); 3) pero posiblemente el objetivo principal de los actos terroristas es que el Estado atacado se deje tentar a responder con reacciones que confirman precisamente lo que los estrategias del terror, para legitimar su estrategia de violencia, han aseverado desde siempre: “Es la irreflexión de las propias reacciones la que, en cierto sentido, para el autoafianzamiento de los Estados en la lucha contra el terrorismo, es mucho más peligrosa que el acto terrorista y sus consecuencias directas mismas”. Ésta es, permítanme usar la expresión que emplea Ruth Zimmerling, “la trampa terrorista”. Cuando este adversario del terrorismo es un Estado de



derecho con un sistema político liberal y democrático, el poder del terrorista se potencia al máximo si logra que la contraparte caiga en la trampa y use su propio poder para “suicidarse” o “autoeliminar-se” como sistema, es decir, para reaccionar de manera tal que destruye su propia base sistémica.<sup>15</sup>

Creo que no nos cabe ya duda alguna de que Estados Unidos y varios países europeos, Gran Bretaña, Italia y lamentablemente el caso de España, por ejemplo, han caído en la “trampa terrorista”. Las democracias liberales, si no son muy cautelosas, fácilmente se suicidan. En este sentido, Ronald Dworkin ha mostrado cómo el miedo y el terror, así como un patriotismo desbordante, son malos consejeros con respecto a los frenos institucionales que requiere una democracia liberal para evitar “autoeliminarse”, es decir, para no destruir sus instituciones basadas en principios o convicciones normativas: “De esta manera, nuestro país, hoy día, [afirma Dworkin], encarcela a un amplio número de personas, secretamente, no por lo que han hecho, ni por una evidencia caso por caso que permita suponer que es peligroso dejarlos en libertad, sino porque caen en una vaga definición de clase...”.

El caso de los tribunales militares establecido para procesar a los acusados de terrorismo es un claro ejemplo de abuso de poder. Los tribunales son secretos, se rigen por las reglas que establece el secretario de la Defensa y pueden condenar a la pena de muerte a un inculpado por simple mayoría de los jueces que lo procesan. “Éste es el tipo de proceso [continúa Dworkin] que asociamos con la ilegalidad de las dictaduras totalitarias. Si cualquier norteamericano fuera juzgado por un gobierno extranjero de esa manera, aún por una falta menor, no digamos un crimen capital, denunciaríamos a ese gobierno como un gobierno criminal”.<sup>16</sup>

El testimonio de John Brady, consejero político de la Embajada de Estados Unidos en Atenas, no puede ser más elocuente. En su carta de renuncia al cargo, dirigida a Colin Powell, se puede leer lo siguiente:

Renuncio con pesar en mi corazón... Las políticas que ahora se nos pide defender son incompatibles no sólo con los valores de Estados Unidos, si-

<sup>15</sup> Véase Valdés Garzón, Ernesto, *op. cit.*, nota 5, especialmente “La democracia y el mercado: dos instituciones suicidas”, pp. 17 y ss.

<sup>16</sup> Véase Dworkin, Ronald, “The Threat to Patriotism”, *The New York Review of Books*, 16 de febrero de 2002; también los comentarios críticos de Jesús Silva-Herzog Márquez, “Una nota sobre el patriotismo”, *Reforma*, 18 de febrero de 2002.

no también con sus intereses. Nuestra ferviente búsqueda de una guerra con Irak nos está llevando a deshacer la legitimidad internacional que ha sido el arma ofensiva y defensiva más poderosa de Estados Unidos desde Woodrow Wilson. Hemos empezado a dismantelar la mayor y más efectiva red de relaciones internacionales que el mundo haya conocido jamás. Nuestro curso actual traerá inestabilidad y peligro, no seguridad... El 11 de septiembre no hizo tanto daño al tejido de la sociedad estadounidense como parecemos decididos a hacerlo nosotros.<sup>17</sup>

Lo cierto es que el discurso y las acciones de la gran mayoría de los representantes políticos de USA no ha facilitado a quienes toman en serio los valores democráticos liberales a entender las reacciones, realizadas éstas en términos no muy distintos a los que alegan los propios defensores de los terroristas:

- Se han mostrado poco sensibles frente a dudas, objeciones críticas, con respecto a sus reacciones;
- Han mostrado hasta una fuerte tendencia a descalificar como antiamericano o incluso proterrorista a cualquiera que haya expresado tales dudas, objeciones o críticas (recordemos las críticas a Susan Sontag y Noam Chomsky, por ejemplo);
- Con ello, se han negado rotundamente a cualquier deliberación o discusión argumentativa seria sobre la estrategia adecuada ante la amenaza por este nuevo tipo sofisticado de terrorismo internacional;
- Han radicalizado su propio discurso de manera tal que resulta ya difícilmente distinguible de la retórica fundamentalista de tipo schmittiano (amigo-enemigo);
- Al mismo tiempo, han optado por decisiones estratégicas tomadas unilateralmente, mostrando así abiertamente la reducida relevancia que dan a la cooperación y a las instituciones internacionales. La humillación de Afganistán ante un blanco tan difuso como el de Al Qaeda y Osama Bin Laden puede ser magníficamente compensada por un blanco más preciso, identificable y económicamente más rentable, como es el de Irak y Saddam Hussein.

Todo ello se puede interpretar fácilmente como una manifestación de soberbia, de la arrogancia del poder de la única así llamada “superpotencia” que por el momento queda en el mundo.

<sup>17</sup> Citado por Gilly, Adolfo, “No”, *La Jornada*, 7 de marzo de 2003.

La única vía razonable que nos queda, y lo sabemos muy bien, es la vía de la justicia en el sentido de un respaldo total a los mecanismos jurídicos y a las instituciones internacionales, por una parte, y a la realización de los valores de autonomía y dignidad de las personas, a partir de una defensa incondicional de los derechos humanos, especialmente de los más inocentes y vulnerables. Erradicar el terrorismo a través de una guerra militar y lanzar el mensaje del unilateralismo como vía para la solución de los actuales y futuros conflictos internacionales es condenar a las sociedades con vocación democrática y liberal al suicidio.

En México, algunas voces de intelectuales han polarizado las posiciones. Enrique Krauze y Jaime Sánchez Susarrey apuestan por un voto a favor de Estados Unidos en un alarde de *realpolitik*: “Consiste en votar sí [piensa Krauze] pero a cambio de resolver los problemas básicos de la relación bilateral: un acuerdo migratorio completo y un trato justo en el ámbito agropecuario”;<sup>18</sup> o bien en palabras de Sánchez Susarrey: “Fundar nuestro voto en la tradición pacifista de México sería una ingenuidad. Las coordenadas de la política exterior: la doctrina Estrada y la diplomacia defensiva se rompieron con nuestra entrada al Consejo de Seguridad ¿Fue un error? Sí, sin duda. Pero ya está hecho y hay que asumir las consecuencias. Para mantener la vocación pacifista *per se* habría que haber permanecido al margen de la vorágine internacional. De ese modo, nadie se hubiera ocupado de nosotros ni nos hubiera presionado”.<sup>19</sup> En esta perspectiva, los intereses (y cierto cinismo) prevalecen por encima de los principios. En la otra cara de la moneda Carlos Fuentes, y con él una opinión pública cada vez más generalizada, apuesta por los principios: “La experiencia nos demuestra que atenidos a los principios siempre hemos ganado. El espantapájaros de una represalia norteamericana a la política independiente de México se disuelve fantasmalmente si lo oponemos a nuestra trayectoria, para no ir más lejos, de los últimos cincuenta años”.<sup>20</sup> Esta afirmación parece confirmarse por algunos “mexicanólogos”: George Grayson, Arturo Valenzuela y Steve Johnson que recomiendan “votar sin miedo”.<sup>21</sup> Pero cabe preguntarse aún si frente a

<sup>18</sup> Krauze, Enrique, “Voto aprobatorio a cambio de acuerdo migratorio”, entrevista con Homero Campa, *Proceso*, 23 de febrero de 2003.

<sup>19</sup> Sánchez Susarrey, Jaime, “El viraje”, *Reforma*, 10 de marzo de 2003.

<sup>20</sup> Fuentes, Carlos, “México en la ONU: principios son intereses”, *Reforma*, 10 de marzo de 2003.

<sup>21</sup> *Proceso*, 2 de marzo de 2003, pp. 44 y ss.

los defensores de la *realpolitik*, esta apuesta por los principios resulta ser una ingenuidad ciega. No lo creo.

La apuesta por los principios no tiene por qué deslindarse de los intereses, y me parece que las razones ya han sido en parte señaladas. No hay que caer en la “trampa terrorista” y socavar los fundamentos de las democracias liberales en una suerte de suicidio social. Debemos caer en la cuenta, como el propio Fuentes lo señala, de que:

La soledad imperial es, al cabo, un espejismo del poder. Ejerciéndolo solitaria y soberbiamente los Estados Unidos van a generar lo mismo que puede destruirlos: una multiplicación de minipoderes belicosos.” En palabras de Bernardo Sepúlveda, citado por el propio Fuentes: “Si Estados Unidos argumenta, para sí, la legitimidad de un ataque armado preventivo, aduciendo un riesgo potencial a su seguridad, no será absurdo imaginar la multiplicación de pretensiones equivalentes por Estados que, descansando también en su propio arbitrio, invocarán peligros reales o imaginarios para derrotar, por la vía armada, y por anticipado, al supuesto enemigo.”<sup>22</sup>

Concluyo. Ni el optimismo compulsivo ni el pesimismo nihilista son buenos aliados en tiempos de crisis; tampoco la arrogancia y la ingenuidad ciega. Quizás tenga razón Kaplan cuando afirma:

...el presente y el futuro próximo están llenos de incertidumbre, de peligros inmediatos y de amenazas potenciales, de bloqueo y desperdicio de alternativa. Son por consiguiente irrelevantes y peligrosas las variedades de optimismo compulsivo, de determinismo teológico, de fe en algún modelo de “fin de la historia”. Parecen más pertinentes el pensamiento crítico, la lucidez, el realismo, la siempre válida combinación de “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad” Y también, en la divisa de un anónimo capitán de las guerras de religión, o de Guillermo el Taciturno:

“No hace falta la esperanza para emprender ni el éxito para perseverar”.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Fuentes, Carlos, *op. cit.*, nota 20.

<sup>23</sup> Kaplan, Marcos, *op. cit.*, nota 4, p. 434.